

Escribir sin papel

Ellos y tú



ECONOMÍA Y POLÍTICA: LOS ECONOPERIDISTAS

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



ECONOMÍA Y POLÍTICA: LOS ECONOPERIODISTAS

Yo no sé si la presencia de los economistas en los medios de comunicación ha sido siempre tan visible. Yo no recuerdo que antes fuera como es ahora, que te topas con un economista en cuanto enciendes la radio. Aparece un economista en televisión y todos guardan un religioso silencio respetuoso para asimilar la lección del sabio. Se les pregunta hoy, en tiempos de crisis económica mundial, como se les pregunta a los adivinos. Me gustaría que se les preguntara por el pasado. Una pregunta como, por ejemplo, si saben qué nos ha llevado a esta crisis. Seguramente no lo sabrían, dudarían, darían razones múltiples, se desdecirían de lo que dijeron antes, hace un mes o un año, hablarían –sin sonrojarse, cargados de razón– de la responsabilidad de los líderes políticos y de los problemas estructurales de tal o cual economía particular. Pero si no saben lo que ya ha pasado, si son incapaces de dar una razón única o múltiple que todos ellos acepten, ¿cómo hemos de creerlos cuando hablan del futuro? ¿Por qué hemos de pensar que ellos acertarán más que cualquier vidente?

Con la mayor desfachatez, un economista puede predecir meses de negro abismo, paro, miseria común, falta de oportunidades, mientras otro al día siguiente puede afirmar que *ya hemos tocado fondo*, que lo que nos queda por pasar es mejor que lo que hemos pasado.

Están en su salsa. Viven en su momento de gloria, sus años de máximo protagonismo. Su discurso basado en la previsión del futuro, en la nada de nada, es el discurso que da miedo a los presidentes y ánimos a los opositores. Todos los políticos han caído en su trampa, como caen permanentemente en la trampa de los periodistas: piensan que los necesitan. Y así se llenan los partidos de economistas de reconocido prestigio. Qué gran muchedumbre de sesudos contables ha ascendido a la escena política en todos los países. Hoy se mide el éxito que puede llegar a tener un político por el o los economistas que lo acompañan, a los que se llama –dichosos periodistas– fichajes estrella.

Vuelvo a preguntarme si esto es nuevo o ya antes era así pero yo no lo sabía. No sé qué responder a esto. Por más que lo pienso y lo intento recordar, no me viene a la memoria tanta charla de activos financieros, de bonos, de inversión exterior y, lo que más me gusta, de productos de alto valor añadido. Bendito alto valor añadido: aún no sé qué pueda ser eso.

Ahora bien, ninguno de los sabios del momento abre su boca para decir cómo se soluciona la desigualdad del planeta. He oído decir a uno que en el futuro se estudiarían los años de la globalización como los de mayor crecimiento económico generalizado y mayor reparto de bienestar en el mundo. Pero no dijo nada de África, ni de Asia, ni de las economías hipotecadas de Iberoamérica. Por lo que veo en la televisión, el crecimiento económico de algunos países africanos es cero y el reparto de bienestar no ha llegado allí todavía. Será que tienen que esperar un poco más. El caso es que todos hablan manteniendo unos mínimos comunes en su discurso. Y lo más repetido por todos es algo enormemente preocupante: debemos procurar por todos los medios que la economía, cada economía, general o particular, crezca. Crecer, crecimiento, subida, creación. Estos son sus palabras totémicas, las palabras con las que hechizan a la tribu y se la meten en el bolsillo.

He oído muchas veces y he leído otras tantas que tal o cual político era bueno porque sabía gestionar muy bien las cosas. Y, por el contrario, aquel otro político, dirigente o candidato, era o iba a ser mal político porque no sabía gestionar, no era un buen gestor. Se dicen cosas como que Fulanito es un gran negociador, nadie como él para las relaciones personales, pero como gestor es una calamidad. Así que el juicio sobre él es malo. Lo de gestionar es lo determinante.

Y a mí todo eso me suena a gestoría. Una gestoría es un lugar al que llevas tus papeles para que te los den resueltos, o para que te solucionen una solicitud sobre asuntos tuyos. El cliente dice lo que quiere, por ejemplo que le tramiten la renovación de permiso de conducción, y el gestor va y lo hace. Luego cobra su honorario y en paz. Si más preguntas, sin que tengas que explicarle para qué quieres el permiso o qué coche piensas comprarte o si sueles conducir bebido o siempre bajo el límite máximo permitido. Y se encima es un buen gestor, lo hará bien y en poco tiempo.

¿Eso es lo que esperamos de los políticos, que sean buenos gestores de nuestros asuntos sin preguntar? Yo, al menos, no.

Los economistas, metidos ya sabemos a periodistas, no hacen otra cosa que criticar a los políticos. Nunca dirán qué es lo correcto, pero sí saben que lo que ha hecho el político es incorrecto. Tanto porfían en su denuesto que se han cargado en poco tiempo la fama de cualquier político. No se oye otra cosa que los políticos son todos iguales: corruptos, vagos, parásitos, incapaces, caraduras. No hay ya buenos o malos, todos son iguales. Este descrédito se lo han merecido muchos trabajándolo a pulso, pero quienes lo han hecho vivir son los economistas. Que siguen sin saber nada de política. O quizá no sea así. Quizá sepan más de lo que cuentan.

El economista reclama su papel de técnico, que en su boca es como decir de experto, o sea, de individuo que sabe de un tema –de economía– más que los demás y está en posición de dar lecciones o consejos y de enmendar la plana a cualquiera que no diga exactamente lo mismo que él dice.

Ese experto en su propia ciencia es el que desdibuja la imagen del político y nos lo presenta como un inútil, como un tontorrón. En esa imagen caricaturizada, el político es alguien inepto con grandes ansias de mandar a todos los demás, de diseñar la vida de los demás. Y no hay economista-periodista que no lo haga. Todos nos acaban convenciendo del poco valor de este y el otro político. Porque ninguno se libra: ya sean conservadores o progresistas, liberales o socialdemócratas, elegidos o impuestos, todos ellos son presentados como tontos egoístas con ganas de hacerse ricos y de obligar a todos a hacer las tonterías que se les ocurren. Al político, cuanto más apoyo tenga, más ganas le tienen los econo-perios.

Es una guerra. Hace ya años que se libra esta larga batalla. Yo no dejo de verlo así, como una guerra, con sus campañas, su propaganda, sus ofensivas, su estrategia y sus tiempos. Los econoperios han estado atacando (sin declararles la guerra) a todos los políticos desde hace décadas. Los políticos han creído que seguían a su lado, que eran sus asesores, que les hacían favores. Pero no han visto cómo su propia imagen estaba siendo vapuleada y además inutilizada.

Y si uno habla por ahí con unos y otros, en comentarios, en tertulias familiares o reuniones de amigos, le será fácil comprobar que los econoperios han ganado la batalla. Quizá haya que dejarlo en que van ganando, no lo sé. El caso es que la victoria, hoy por hoy, es solo suya. No hay quien hable bien de los políticos, quien los defienda como grupo profesional o vocacional. Todos los políticos son unos ladrones. Todos los

políticos son unos incompetentes. Ya no hay políticos de altura, todos son unos mediocres. Esto es lo mejor, como si en otra época los políticos hubieran sido grandes hombres y hoy la política estuviese ocupada por gamberros con malas intenciones y pocas capacidades.

Los políticos se han dejado dar tortas sin parar y hoy es el día en que ya no tienen manera de lavar su imagen. Ni dos años ha durado Barak Obama. Ya le consideran otro imbécil. Han perdido la batalla. Y como el pobre tonto de la pandilla del que todos se ríen, cuando el chulo vuelve a humillarlo delante de todos, él se sonríe y pone gestos de que participa de la broma y de que es tan guay como los otros, y como el mismo chulo. Se reúnen y hacen declaraciones diciendo que harán y que no permitirán, pero a la postre hacen y permiten lo que los econoperios les mandan hacer y permitir. Ya ni siquiera reivindicán su gran aval social: han sido elegidos y deben ser reelegidos, cuentan con el apoyo de las urnas. No lo hacen ya. Porque da lo mismo, porque tratan por igual a unos y a otros, hayan sido elegidos o no.

No. No tratan a todos igual. Los que son objeto principal de los ataques son aquellos que han sido elegidos democráticamente. Nunca he oído que llovieran críticas sobre la gestión económica del rey de Marruecos o de los dirigentes chinos. Y los elegidos pero con trazas de caudillismo, como Chavez o Berlusconi, tampoco se llevan muchos palos. Son como más listos, como si ellos sí se rieran de los otros, participando de la gran broma global.

Y esta guerra que están ganando los econoperios, ¿con qué mensaje la están ganando? Mejor dicho: ¿qué están ellos defendiendo, cuál es la bandera bajo la que combaten? Esto es bien difícil de descubrir, porque ellos jamás aclaran qué es lo que hay que hacer, según su criterio. Son hábiles maestros en el arte de hablar y denostar al otro sin explicar lo que ellos quieren que se haga. De esta manera, uno de ellos, Santiago Niño Becerra, hace constantemente vaticinios de futuro pintando tétricos panoramas muy cercanos al apocalipsis. Pero si se le pregunta por la solución entonces dice muy seguro de sí que la solución es que los políticos den un paso atrás y dejen a los técnicos que sean los que aporten las soluciones. Y siendo él tan sabio, supongo yo que bien podría estar en esa mesa de técnicos que nos va a ayudar a salir de ese fin del mundo que se nos acerca. Pero él jamás dice lo que habría que hacer, solo que hay que hacer caso de los técnicos (o sea, de los econoperios). Muy bien, les haremos caso digan lo que digan, que para eso son sabios. Los sabios de la tribu. ¡Qué desfachatez! Nos mete miedo y

luego dice que hay que hacer caso de los técnicos, pero sin aportar jamás la solución.

Su mensaje es el del miedo. Aterrorizar a la población con el fin del mundo que nos espera si no hacemos lo que nos dicen. Ellos, que, ya lo sabemos, son especialistas en explicar por qué ha pasado lo contrario de lo que nos decían que iba a pasar. En general, se nos presentan sonrientes prometiendo el paraíso del futuro, el crecimiento sin fin en un mundo globalizado. Si se hacen las cosas como ellos dicen, la economía crecerá y crecerá, todos trabajarán, el bienestar vendrá por sí solo, en todas las regiones del mundo habrá riqueza y bienestar. Y si surge algún problema con el ecosistema, vendrá una solución que nos permita seguir creciendo sin parar, siendo cada vez más ricos.

Con este mensaje, ¿quién puede no estar de acuerdo? Todos queremos que suceda eso. Pero la verdad es que de momento no ha sucedido nada de eso. La verdad es que el mundo está sumido en una crisis económica cuyo peor síntoma es el paro. La verdad es que el paraíso sigue estando solo en el futuro, nunca hoy.

La actitud de los econoperios es combativa. Pero no son ellos los que se llevarán las ganancias de la victoria final. Mirémoslos bien: son profesores universitarios, aficionados a las tertulias, trabajadores en la bolsa, empleados especializados de los bancos, periodistas. No son los que se van a llevar el trozo grande del pastel, la pasta grande, el dineral. No son ellos los que ganan millones en segundos. No son los accionistas de las compañías de inversión, los dueños de las empresas multinacionales, los que ponen o quitan ministros y presidentes. Esos son otros. Otros, pero de nombre poco conocido. Son personas que están en la parte de atrás de la escena, nunca salen por la radio, nunca escriben artículos. Ellos solo ganan el dinero.

Estos son los que alientan a los econoperios. Los econoperios, con sus ínfulas de grandes sabios-gurús, no son más que la fuerza de choque de estos otros, escondidos en sus grandes urbanizaciones, hoteles, islas. Y a estos, a los que aspiran a tener el control del descontrol, nadie los elige.

La situación ideal sería que los poderes políticos se ocuparan de construir carreteras, de convocar algún premio cultural, de vigilar a los delincuentes, juzgarlos y encarcelarlos, y nada más. El resto, que se lo dejen a ellos. Como suelen decir: que se quede en manos del sector privado. Todo en sus manos, todo libre, nada de dirigir por dónde hay que ir. Cada cuatro años, ponemos a otro presidente, por aquello de la monotonía, una cara

nueva en el pim pam pum. Pero que quienes vivan a su gusto sean ellos y sin control de nadie. Si quieren bajar los precios para hundir la competencia, pues quién hay para decirles que no. Si quieren trasladar una factoría olvidándose de las ayudas que recibieron, por qué no van a poder. Si quieren contratar a un trabajador pagándole menos que a los demás, es una cuestión particular entre ellos. Nada de control, que es una cosa muy antigua y muy mala. La libertad por encima de todo. La libertad para que ellos puedan hacer lo que quieran. ¡Ah, la libertad...!

Hablemos con claridad: los econoperios no lo pueden hacer. Lo que ellos predicán es la fe en una ideología política. No en una nueva ideología, sino en una ideología política que ya tiene una historia. Su nombre es el Mercado. El Mercado es una ideología como lo era el comunismo o la socialdemocracia. Según sus bases teóricas, el mundo debe organizarse con arreglo a los intereses de los particulares, jamás de los colectivos. La primera ley que aprobaría un gobernante mercadista es la supresión de todas las leyes económicas. Lo pondría entre los primeros títulos de la nueva constitución. Los presidentes y los ministros pueden dedicarse a organizar la liga de fútbol (de segunda división para abajo, claro, nada que pueda ser un negocio), a mantener un sistema de policía, un ejército (pero no muy poblado), y poca cosa más. Quizá una beneficencia para pobres y unas escuelas para niños sin recursos. El resto, todo privatizado. Incluida la seguridad y hasta la guerra (en Irak había más soldados privados que del ejército regular). Que lo digan claramente. Su prédica no es económica, sino política.

Lo que se busca es el control de las sociedades por parte de las empresas. Así podrían hacer abiertamente lo que ya hacen de facto pero sin airearlo demasiado: obligar a los políticos a tomar las decisiones que a ellos les interesan. Los ejemplos son numerosísimos. Uno de ellos es el ataque que los mercados financieros han hecho contra la economía irlandesa justo cuando se reunían los pobres presidentes del G-20 para proponer medidas regulatorias. De eso nada, dijeron los mercadistas: vosotros haréis lo que nosotros os vayamos diciendo. Ellos son los liberales, los que quieren la libertad por encima de todas las cosas. Todo lo que suene a ley que les obligue a algo, les repele y dicen que coarta la libertad. La libertad por

encima de todo. Sobre todo la libertad de ellos, la libertad de moverse por todas partes ganando dinero, de machacar a quien sea en nombre de los sacrosantos mercados financieros, el verdadero escenario de su libertad.

Los mercados... ¿quiénes son los mercados? Yo no lo sé, claro está, pero sé que son personas. Directivos que no dudan en arruinar un país si con eso ganan dinero. La culpa la tendrá siempre el gobierno del país arruinado: era manirroto, corrupto, inepto, etc. Ellos son liberales, lo único que persiguen es la libertad de sus transacciones comerciales.

Pero es el gobierno lo que los ciudadanos eligen. ¿Para qué? Luego gobiernan los mercados, a los que nadie elige jamás, que seguramente ni han pisado en el país ni pisarán en su vida allí.

Los econoperios son el servicio de propaganda de ese partido mundial mercadista. Y son tan buenos, tan preparados, que han convencido a todo el mundo. Los jerifaltes del partido mercadista pueden felicitarlos y estar satisfechos: que los asciendan, harían bien de ministros o algo así.

Los malditos economistas son la cortina de humo, la palabrería, la difusión de los preceptos de la fe mercadista.

Yo los acepto siempre que hablen claramente y que admitan que su discurso es tan político como el de cualquier líder de un partido de los de antes, de los que se presentan a las elecciones. Al fin y al cabo, el sistema ideal para los mercadistas y para sus propagandistas es la democracia representativa. En ella pueden criticar, denostar y abatir a los políticos profesionales. En las dictaduras, no. Ahí deben callar y decir que todo lo que haga el líder está bien hecho. Como mucho pueden convencer al líder de que siga sus mandatos. Pero lo mejor es desde luego la democracia: el tiro al blanco del político en activo.

La democracia, claro, que ellos se pasan por el forro, porque su ideal es el mercado, o sea, el no respeto de lo que digan los políticos.

¿Qué hacer? Nada. Supongo que no tenemos muchas posibilidades de ver caer a estos propagandistas. De momento, ganan.

La única posibilidad que tiene el sistema democrático de defenderse de ellos es destapando esa trampa por la cual una ideología política se presenta como una teoría económica. Queda mucho camino. No sé siquiera si se ha empezado a caminar.